

...Con Federico, con Miguel.

Si Miguel Hernández hubiese conservado su vida hasta nuestros días, pronto habría cumplido, en Octubre del presente año, su 80 aniversario. Y algo más tarde, en Marzo de ese 1992 que se nos anuncia plétórico de fastuosas ceremonias, tendríamos tendremos- que conmemorar asimismo el cincuentenario de la calamitosa muerte del poeta en el penal de Alicante. Siempre me han azorado tales efemérides por la vana tentativa que esconden de recordar y fijar en vida perenne a quienes, inexorablemente, para siempre desaparecieron. Recordémoslos, no obstante, aunque nos apoyemos para ello en la artificiosidad de las fechas. No nos resignemos a su muerte, ya que algo de ellos - quizá lo mejor- pervive. Que nuestra voluntad sea la de seguir imaginándolos vivos y activos a través de su obra y su recuerdo.

Así rememoro yo al Miguel juvenil con quien coincidí brevemente en la guerra y con quien, más tarde, conviví en prisión durante largos meses. Sin fechas conmemorativas, suelo recordar igualmente a Federico, con quien nunca hablé pero al que ví de cerca varias veces, y con cuya poesía y teatro me he deleitado incesantemente. Vivo quería imaginarlo siempre, pero tuve que recordarlo, años hace, en muerte y no en vida: cuando mi esposa y yo visitamos Viznar y cuando, posteriormente, hube de rememorar aquella visita en un poema. Otro hermanamiento suyo con Valle-Inclán, pese a sus diferencias, quise aventurar en mi discurso académico, al concluir el cual me atreví a proponer el imposible juego de ver a Federico, ya muy mayor y sonriente, entre los ilustres escritores que me escuchaban desde el estrado. El mismo juego siempre, en el fondo: el de intentar resurrecciones.



Dibujo de M. Hernández, por A. Buero Vallejo.

Ahora se celebra en Fuentesvaqueros el "Hermanamiento" de Federico y de Miguel; evidente corroboración de hasta que punto fueron ya hermano mayor y menor cuando estaban vivos. Con el más joven sí mantuve yo coloquios inolvidables mientras soportábamos con entereza la condena a muerte, y con él compartí parvos alimentos que nuestros familiares se quitaban de la boca para sostener nuestros decaídos cuerpos. Y ante aquel enfrentamiento con la más verdadera postrimería, Miguel y yo hablábamos de lo que realmente nos colmaba. Del oscuro destino de España, por supuesto; de lo que haríamos o no haríamos si conmutaban nuestra condena, también.

Pero, sobre todo, de lo más importante. Y lo más importante ante la probable extinción seguía siendo el arte, seguía siendo la poesía. Continuaba él creando poemas de los que

nos daba recatada audición a unos pocos. Estábamos en la prisión de la Plaza del Conde de Toreno antiguo edificio conventual hoy desaparecido. Y allí poetizaba Miguel, con sus propios versos o recordando y entonando aquellos poemas, suyos o de otros, que la guerra convirtiera en conmovedoras canciones de lucha. Y también soltaba a menudo algún verso aislado de Cernuda, de Lorca, de Alexandre; entrañables muletillas que gustaba repetir sin venir a cuento, tan saturada estaba de poesía su alma. Taciturno en ocasiones, acaso perfilaba calladamente en ellas versos nuevos; quizá, cómo no, recordase entonces asimismo al ya fusilado Federico y pensase en las balas que a él también podrían destruirle muy pronto. Murió de todos modos, ya conmutado pero entre rejas, por los fatales balazos de la insidiosa enfermedad crecida entre el hambre y la falta de cuidados.

Por entonces ya hacía tiempo que nos habían separado, pero de nada valen lejanías cuando hay hermandad verdadera. Creo que con él la tuve, y su recuerdo me conforta y enorgullece. A Federico y Miguel los hermana hoy el emotivo ritual de Fuentesvaqueros. Así se confirma la honda verdad de que ya estaban ferreamente hermanados; por la poesía y por el sacrificio.

(Texto leído en el acto de hermanamiento, en Fuentesvaqueros.)

Antonio Buero Vallejo